

ECONOMÍA Y TRABAJO



Trabajadores en la planta de Seat de Martorell (Barcelona). / ALBERT GARCÍA

La productividad se estanca por primera vez en 20 años

ANTONIO MAQUEDA, Madrid
La productividad, ese indicador por el cual se mide cuánto más puede hacer una economía con los mismos trabajadores y recursos, se estancó en 2018, un hecho que no ocurría en España desde 1999. El crecimiento registrado de la productividad por puesto de trabajo a tiempo completo fue el año

pasado del 0%, según las estadísticas del INE. Si se toma por hora efectivamente trabajada, el dato fue incluso negativo: un -0,25%. Según los expertos, la explicación radica en que conforme se reduce el paro se incorporan más personas que llevan más tiempo en el desempleo y que cuentan con menos formación, lo que acaba lastrando la productividad.

En el último año han ganado poco sectores menos productivos, según señala Valentín Bote, jefe del servicio de estudios de Ransstad, como la construcción o las Administraciones públicas, en detrimento de otros más productivos, como la industria.

Una economía puede crecer a fuerza de añadir gente trabajando o de hacer más con los que ya tiene, esto es, mejorando la productividad. Reforzarla es esencial porque, junto a las horas trabajadas, define cuánto crece el PIB per cápita, es decir, cuánto de verdad aumentan las rentas de los españoles. Por éterico que parezca, la marcha de este indicador también acaba marcando la evolución de los salarios y, por ende,

de las pensiones que se pueden pagar. Y, como explica el economista Miguel Ángel García Díaz, cuando los salarios se despegan de esta, tal y como ocurrió durante la burbuja de deuda, las consecuencias a la larga son harto conocidas: una pérdida de competitividad que acaba lamentablemente siendo corregida con un ajuste en una crisis.

Durante la burbuja, entre 2002 y 2006, la productividad por puesto de trabajo a tiempo completo apenas creció 0,3 puntos porcentuales al año. Entonces, los recursos se concentraron demasiado en la construcción, un sector poco productivo e intensivo en empleo. Y el endeudamiento, basado en el valor de los activos

inmobiliarios, permitió que se pagasen salarios por encima de lo que subía la productividad.

Para corregir el desajuste entre salarios y productividad creado con la burbuja, en la recesión se despidió para hacer lo mismo con menos manos. Entre 2007 y 2013, la productividad se disparó un total de 12,4 puntos, a tasas de casi dos puntos por año.

Durante la recuperación, el crecimiento de la economía española está siendo muy intenso en empleo. Lo cual deja poco margen para la productividad, pues todo el crecimiento se logra a fuerza de recuperar parados para el mercado laboral, que además suelen reunir una menor cualificación y experiencia. En conse-

I+D y menos temporalidad

En medio de la crisis había que recuperar competitividad a marchas forzadas, y se hizo de la forma más brutal e inmediata: recortando costes laborales. Ahora parece que se olvida la otra manera: elevar la productividad, que además resulta más indoloro. Amén de la educación, las instituciones laborales y la inversión en intangibles son esenciales, dicen los expertos. Como apunta el economista Juan Francisco Jimeno en su libro *Crecimiento y empleo*, la temporalidad impide que los trabajadores acumulen experiencia y, por tanto, productividad.

Por otra parte, "España es un país homologable al entorno en las inversiones en activos tangibles como maquinaria. Pero presenta un desfase claro en activos intangibles, como I+D, bases de datos, formación, estudios de mercado o *software*. Aunque las pymes españolas invierten lo mismo que las extranjeras, España tiene más pymes. Y eso hunde los datos agregados", señala Aleix Pons, economista de Cotec. Falta también mayor conexión entre el I+D público y privado, y más financiación para la innovación, en parte porque la banca siempre exige garantías tangibles.

ron las plantillas, y entonces mejoró la productividad", afirma María Jesús Fernández, analista de Funcas. En estos momentos, la prioridad de disminuir el paro a ritmos muy fuertes tiene la consecuencia indeseada de que se sale de la crisis con una menor productividad y, a la postre, una menor riqueza que distribuir entre los que ya están trabajando.

En definitiva, la recolocación del legado de parados de la crisis complica la transición hacia un modelo más productivo. A finales de 2017, el Banco de España y el FMI publicaron sendos estudios con unas conclusiones muy similares: a pesar del aumento de las exportaciones y de que la economía española fuese capaz de producir lo mismo con un 10% menos de trabajadores, el crecimiento de la ocupación había sido impulsado "predominantemente por una expansión del empleo en sectores de baja productividad", rezaba la nota del Fondo. Y añadía: "Donde los incentivos para invertir en los trabajadores resultan bajos".

Del andamio a la barra

O lo que es lo mismo, se había producido un trasvase de trabajadores desde los andamios hacia la hostelería, observaba el Banco de España. Poco más se podía hacer cuando muchos de los desocupados carecían de formación. Aunque el FMI admitía que había aumentos significativos en sectores más productivos, en cantidades eran menores y se concentraban sobre todo en Madrid. La institución sita en Washington también se quejaba de que muchos de estos puestos de poca cualificación se ocupaban con los más formados, dejando a los menos formados en dificultades para acceder a un trabajo.

El Banco de España alertaba, además, de que podía haber un límite al incremento del empleo en el turismo, la hostelería y la construcción. Y pedía que se buscaran "fórmulas para expandir las oportunidades laborales de los desempleados con menor formación". "A futuro, ha de ser precisamente un mayor nivel de formación de las nuevas generaciones el factor que permita el trasvase del empleo hacia actividades que lleven asociado un mayor nivel de productividad. Por ello, es crucial la mejora de la calidad del sistema educativo", concluía el informe del supervisor español.

OPINIÓN / ANDREU MISSÉ

La tentación del préstamo

Los ciudadanos están siendo bombardeados por todos los medios (correos electrónicos, llamadas telefónicas, cajeros automáticos) con sorprendentes ofertas de dinero. Préstamos preconcedidos, rápidos e inmediatos o aplazamientos de los recibos en varias cuotas. Parece que los bancos no saben qué hacer con el dinero.

Es sospechoso este cambio de papeles. Ya no es el particular el que va a una entidad financiera a solicitar un préstamo que le exige determinadas condiciones. Ahora el banco tiene más necesidad de prestar dinero que el ciudadano a solicitarlo.

Este insólito comportamiento del sector financiero tiene varios efectos. En primer lugar, el ciudadano se encuentra ante la difícil tentación de endeudarse sin necesidad real alguna. Hay que considerar que se trata de préstamos muy caros en el contexto europeo. En junio de 2018, el tipo medio de los créditos al consumo en España fue del 7,8% frente al 4,9% de la zona euro, según el supervisor. Una diferencia tan abultada es difícil de justificar en una unión monetaria en la que todos los bancos se rigen por el mismo precio oficial del dinero, actualmente al 0%, y del euríbor, que se encuentra en tasas negativas.

Estas diferencias de precios explican el fuerte crecimiento del crédito al consumo. Entre 2015 y 2018 este segmento aumentó un 40% y el destinado a la adquisición de bienes duraderos, un 70%. Sin embargo, el volumen total de crédito sigue descendiendo sin cesar desde 2010 hasta los 1,2 billones de euros del pasado septiembre. Igualmente, el destinado a actividades productivas se reduce desde 2008 hasta 549.891 millones. Por el contrario, el crédito al consumo no ha cesado de crecer hasta el récord de 85.921 millones. Este dispar comportamiento ofrece una imagen inquietante del modelo de crecimiento económico.

En segundo lugar se trata de una oferta de dinero, no de bienes de consumo como coches, lavadoras u otros productos. Los bancos ofrecen un dinero que no es suyo y del que solo son administradores. Sorprenden tantas facilidades si recordamos los orígenes de la última crisis.

El informe de la Comisión Nacional sobre la crisis financiera en EE UU destaca "el fracaso de la Reserva Federal y otros reguladores en controlar el préstamo irresponsable". También el informe Liikanen sobre la banca en la UE reconoce que "la crisis financiera fue causada, al menos en parte, por prácticas crediticias irresponsables". Aunque últimamente los criterios de aprobación de crédito se "endurecieron ligeramente", según el supervisor, la oferta de dinero sigue a tope.

El Banco de España ha señalado que "crecimientos muy rápidos del crédito siempre van asociados tarde o temprano a aumentos del riesgo y la morosidad, lo que debería llevar a las entidades a analizar con cuidado la sostenibilidad de las tasas de aumento de crédito y su encaje en el perfil de riesgo deseado". Una advertencia muy insuficiente para estos tiempos.